



La música, una constante vital

HAY UNA GENERACIÓN PARA LOS QUE LA MÚSICA NO ES UN CONJUNTO DE CANCIONES INCONEXAS QUE SE CONSUMEN A TRAVÉS DE SPOTIFY.

Si tengo que ser sincero, creo que la única constante en mi vida ha sido la música. Mi evidente carencia de talento, unido a un oído izquierdo inútil, habrían sido suficientes como para desalentarme, pero se convirtió con el tiempo, en una terapia infalible.

Mi mayor influencia, mi hermano mayor. Rescándolo en el aeropuerto, por haberle soltado un guantazo un guardia civil. No porque éste pensara que el contenido de un baúl con más de 300 discos no fuera para consumo propio, sino por increpar sobre uno de sus guitarristas favoritos.

De él aprendí que si Mozart, Bach o Tchaikovsky hubieran nacido en el siglo XX, se habrían llamado Blackmore, Gilmour, Allman o Hendrix.

Lo que más me llamó la atención del metal no fueron la laca o los leggins, sino la potencia de sus baterías.

La segunda influencia, mi tío Fernando Arbex. Batería y compositor de Los Brincos. Transgresores en la década de los 60-70, que a ritmo de beat, movieron a toda una generación. Considerados vagos y maleantes por una ley española, vigente hasta principios de los 70. Galdón, que con cierto orgullo, compartieron con los Beatles.

Una pequeña niña de color, sentada en las rodillas de tío Ferdinan como ella le llamaba. Mientras, su madre, Cissy Houston garbaba sus coros, la niña Whitney Houston. La canción de Abba, Fernando, dedicada a él; que Elvis grabara una versión de su The Mouth Organ Boy, que tuviera más de 50 discos de oro y un Grammy; o que mi tía Rose hubiera sido pareja de Graham Nash... me llevó a la equívoca conclusión de estar genéticamente predestinado para la música.

También agradezco a mi ahora mujer Bárbara los largos viajes en coche de vuelta a casa. Donde descubrí, en Radio 3, el jazz. Las baterías de Roach, Blakey, Krupa o Rich se retaban en duelos que se batían en otra galaxia.

Pertenezco a esa generación, para los que la música no es un conjunto de canciones inconexas que se consumen a través de Spotify. De una época donde las tiendas de música eran verdaderas catedrales de la cultura.

Lo que realmente me entristece es no saber, cuándo se termine este baile, quién saltará con el Bob Diddley de Bob Seger, dará volteretas junto a los irreverentes Beasty Boys, o volará como una nave espacial adolescente escuchando a los Smashing Pumpkins. Mis hijas, probablemente no... ¡Maldito reguetón! ■

